

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Fernando Salmerón, *Ensayos filosóficos (Antología)*. Selección y nota preliminar de Carlos Montemayor, México, SEP, Lecturas Mexicanas No. 109, 1988, 289 pp.

El estilo del que participa la obra de Fernando Salmerón que individualiza y caracteriza su escritura y su pensamiento, tiene las notas de la sencillez, la claridad y la profundidad. Probablemente por ello, su filosofía se detiene ante las pretensiones omnicomprensivas del sistema totalizador, simpatizando más con el método fenomenológico y la orientación analítica. Sin embargo, la tarea en la delimitación y clarificación de parcelas precisas de conceptos, siguiendo un orden argumental, le ha permitido incursionar con el mayor rigor en problemas que afectan vastos territorios de la cultura. Los temas por los que la labor de Salmerón ha hecho sus más frecuentes recorridos y aportaciones, pertenecen al campo de la ética y de la educación. La investigación de estas áreas de la reflexión filosófica convierte su trabajo en un eje radial del que se desprenden tanto guías sobre la formación del hombre como actitudes prácticas que abren canales para armonizar las costumbres de la vida social y las instituciones.

La antología *Ensayos filosóficos* es una selección de textos elegidos por Carlos Montemayor, que ofrecen la panorámica de un pensamiento que, por más de cuarenta años, ha interrogado el dilema

moral del hombre con la misma lucidez y fecundidad. Como recuerda Fichte, la filosofía que se elige depende de la clase de hombre que se es. Aunque los análisis fragmentarios no integran sistema alguno, la unidad de estilo que reina en su trasfondo se adhiere a una visión analítica como un núcleo a partir del cual el conocimiento y la conciencia social de ese conocimiento se hacen posibles y se transforman en diálogo y facultad de acción ante los problemas de la circunstancia. Así, su trabajo permanece ligado a la sociedad de la cual surgió y a la que se dirige, creando un ámbito de pensamiento comprometido con la realidad concreta, ante la cual se mide el alcance de su pensamiento y la integridad de su trayectoria humana.

El volumen cumple el objetivo de ofrecer al lector lego o especialista una serie de ensayos de interés moral, pertenecientes a una obra aún no compilada en libros, con el fin de presentar una visión de largo aliento sobre los campos de conocimiento que ha tratado el filósofo en un acoso sucesivo a los valles del saber que ordenan el territorio de la vida cultural. Los temas consignados son: educación, ciencia y técnica, filosofía moral, filosofía y lenguaje, filosofía en México, y por último, discursos de circunstancia. En esta reseña nos ocuparemos exclusivamente de tres ensayos, además de los discursos académicos, considerando que un seguimiento más restringido, pero a la vez más preciso, puede ejemplificar la

visión de un método y de una propuesta que en el transcurso de los años ha afirmado su efectividad y continuidad.

En el prólogo al libro *Cuestiones educativas y páginas sobre México*, ya señalaba José Gaos que el trabajo de Salmerón sobre la enseñanza media "es un admirable desarrollo de los problemas que plantea esta enseñanza superlativamente decisiva y una propuesta notable por su equilibrio, asentado sobre bases profundas".

El estudio *Problemas de la enseñanza media* (1962) es ciertamente una hermosa interpretación filosófica de la educación del adolescente, que primero desglosa y después articula sus problemas básicos, apoyándose en tres consideraciones fundamentales: la noción de las edades de la vida; la idea del trabajo como la actividad que define al hombre; y la concepción de la cultura como un sistema orgánico o totalidad, de cuyo sentido dependen las actividades profesionales (que a su vez llevan a cabo una reestructuración particular).

La palabra "edad", tomada como una zona de la existencia humana, es un concepto útil para dar cuenta de la dialéctica de la unidad y diversidad de la vida. El carácter de la adolescencia se determina por la confirmación de dos hondos impulsos: el de la afirmación de la propia persona y el impulso sexual. Este proceso implica un crecimiento y una formación, sin duda alguna críticos. La tarea de la educación consiste en cristalizar socialmente estas tensiones llevando al adolescente a reconocer y discernir sus nuevas realidades liberándolas de toda carga de ilegitimidad. Primero, al hacerlo alcanzar un juicio personal sobre el valor de las cosas, de afirmarse a sí mismo en tanto persona libre y responsable frente a las realidades sociales y sus normas. Segundo, en la toma de conciencia sexual, del desarrollo de la afectividad y de la vida in-

telectual que lo llevan al encuentro de sí mismo y del otro sexo. La claridad intelectual de estos descubrimientos ha de valerse de la experiencia ajena para lograr el equilibrio de la personalidad. Así, la tarea específica de la enseñanza media consiste, en palabras de Salmerón, en hacer posible el aprovechamiento de la experiencia de los hombres maduros por parte de los adolescentes, en esa auténtica relación maestro-discípulo.

Esta pedagogía moderna confiere también un lugar central a una actividad pragmática: el valor y la verdad del trabajo como actividad definitoria del hombre. Esta idea del trabajo, cercana tanto a Marx como al existencialismo, toma en cuenta su valor cognoscitivo, su rango como integrador y jerarquizador de todo otro saber y su poder de disciplina. En el trabajo, en la producción de una *obra*, radica la elección de objetividad y sometimiento a las leyes de la materia, sin lo cual el hombre es incapaz de perfección. Así mismo, se encuentra la lección de entrega, de generoso olvido de sí mismo, que permite el acceso a la conciencia de la solidaridad con todas las formas de la actividad humana.

Lo que habría que entender es que el saber hacer de la técnica se relaciona esencialmente con el todo de la cultura. En contra de una opinión tradicional, desde la antigüedad del pensamiento de los filósofos griegos se relacionó con las actividades e invenciones prácticas, midiendo el valor económico y moral del trabajo y su valor intelectual y cognoscitivo como medio de descubrimiento de los secretos de la naturaleza. La tarea de la escuela media, más que ser una enseñanza técnica, debe ser una formación cultural orientada a un saber hacer especializado en que puedan integrarse los demás planos del saber como un amplio contorno.

En su ensayo *Razones y pasiones en Hegel* (1985) Fernando Salmerón toca un tema cardinal de la ética contemporánea: el análisis de algunos elementos de la teoría de la acción que relacionan moral privada y moral pública. Para mostrar su unidad, el trabajo lleva a cabo una lúcida interpretación del movimiento que Hegel llamó dialéctico y que da cuenta de los principios subjetivos de la acción y su conexión con las normas de las instituciones sociales. Esta línea de pensamiento rechaza la oposición entre los imperativos de la razón y las inclinaciones del hombre, igualando los efectos de sus motivaciones mediante una concepción del sujeto donde concuerdan los impulsos de su naturaleza con la legislación universal. Para entender los dos momentos, y el paso de uno a otro, es indispensable reconocer, según Hegel, que en el hombre hay sólo una razón, la misma en el sentimiento, en el pensamiento y en la voluntad. El movimiento se realiza como un incremento sucesivo de determinaciones, que van desde la vida interior del sujeto —con todos sus elementos empíricos y prácticos de prosecución de sus metas y realización efectiva—, hasta la inserción en un lugar concreto de la sociedad real y la marcha histórica. Es un paso de lo abstracto, meramente formal y no verdadero, a lo concreto pleno de contenido y verdad.

Cuando Hegel discute sobre las pasiones, trabaja en dos niveles simultáneos: en el de la psicología, que es un nivel parcial y abstracto, y en el de su propio sistema de las "ciencias del espíritu", donde se logra integrar la totalidad de la vida psicológica con la totalidad de la vida moral. La racionalidad formal de los impulsos e inclinaciones consiste, en un primer momento, en la tendencia de todos ellos a no permanecer como algo subjetivo, sino en lograr su realización efectiva a través

de la acción del sujeto. La verdadera racionalidad de los impulsos y las inclinaciones ha de surgir de la reflexión inmanente del espíritu que, más allá de sus particularidades, alcanza sus contenidos objetivos bajo la forma de relaciones necesarias, es decir, derechos y deberes.

Desde una consideración empírica y psicológica, la voluntad es subjetiva y natural, identificada con sus determinaciones, esto es, sus inclinaciones o impulsos. Las pasiones y las inclinaciones, en tanto pertenecientes a la voluntad subjetiva, están afectadas de contingencia y particularidad, y parecen comportarse como exteriores al sujeto, sometidas a una necesidad que carece de libertad. En este punto, la pasión no es para Hegel ni buena ni mala, sino simplemente un principio activo. Sin embargo, Hegel rechaza la tesis empirista del conocimiento, constatando la incapacidad de la mera experiencia para captar la universalidad y la necesidad. Además de aquel rasgo de contingencia subjetiva, las pasiones tienen otro fundamento: la naturaleza racional del espíritu, con el que las pasiones se asemejan en el sentimiento práctico.

Esta lectura de Hegel muestra cómo en el paso del sentimiento al deber, y luego al derecho, no se pierde algo de su contenido, sino que, precisamente, el paso es la elevación del sentimiento a su verdad y racionalidad efectiva, que sólo puede ser alcanzada en la universalidad de la inteligencia. El tratado de las pasiones, de acuerdo con su contenido verdadero y más alta determinación, coincide entonces con la doctrina de los deberes morales, éticos y políticos. Este modelo complejo de la naturaleza humana permite liberarse de la opinión tradicional que separa las facultades del alma en sentimientos y espíritu pensante, permitiendo avanzar en los niveles de la re-

flexión de la conciencia y haciendo justicia al valor cognitivo de los sentimientos.

En *El pensamiento moral de Antonio Caso* (1971) encontramos un tercer tema, tan entrañable a Salmerón como la educación y la ética: la investigación histórico-filosófica (uno de cuyos más notables ejemplos en el contexto nacional es su primer libro: *Las mocedades de Ortega y Gasset*, de 1959). La exposición de las ideas morales de Caso es inseparable de los fundamentos metafísicos de su sistema filosófico que respaldan su actitud y su acción moral. Su sistema es un cristianismo filosófico que encontró su mejor expresión en un libro ampliado en dos ocasiones: *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*. Visión de la totalidad de la realidad que incluye una cosmología subordinada a una antropología filosófica que podría calificarse como "voluntarista". Su admiración por Schopenhauer lo hace ver, en la estructura última de la realidad, principios de valor e ideales morales.

Sin embargo, a pesar de que la ética constituía su preocupación fundamental, Caso no escribió una ética. Además de su sistema, tiene tratados sobre diversas materias del mismo, por ejemplo *Principios de estética*, donde los problemas de estética aparecen asociados al tema moral. La tesis de Salmerón consiste en mostrar cómo su sistema incluye una ética en tanto concepción del mundo y expresión de una actitud moral. Así, un tratado de ética hubiera sido la "fundamentación" de esa actitud, es decir, la misma concepción del mundo de su libro *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*. Esta concepción acepta que la razón humana se pone al servicio de la acción a través del conocimiento científico, pero también de la experiencia estética y ética. Reacción contra el positivismo que afirma la libertad y la realidad

espiritual del hombre que está por encima de la naturaleza. De esta forma, la verdad científica, de acuerdo con el pragmatismo de William James, sería lo que es ventajoso para nuestro pensamiento, y se basaría en un principio regulativo de la explicación científica, derivado de nuestra voluntad de conocer, llamado "principio de la economía del pensamiento". La ecuación fundamental del universo como economía es: Vida = *minimum* de esfuerzo  $\times$  *maximum* de provecho. Pero existe también la actividad desinteresada, que se aleja del egoísmo y la utilidad hasta llegar al sacrificio, pasando del juego a la contemplación estética de lo sublime, y de ésta a la caridad. El desinterés, la caridad y el sacrificio son lo irreductible a la economía de la naturaleza. La ecuación del bien se enunciaría: Sacrificio = *maximum* de esfuerzo  $\times$  *minimum* de provecho.

Esta visión del mundo afirma una fe no apoyada racionalmente, y una moral cristiana fundada en el valor supremo de la caridad, diseñadas, más que nada, para justificar una conducta ética. Ese otro orden por encima del biológico, regido por la ley sobre-natural del amor, que no se demuestra ni se colige de nada, sino que simplemente se practica. De esta concepción moral se desprende una filosofía práctica capaz de orientar la educación hacia el logro de la autonomía de la conciencia. La filosofía de Antonio Caso, prudente y optimista, es, en efecto, una elaboración del gran orador para concordar, como diría López Velarde, con la vibración humana. No podemos olvidar que sus convicciones personales, trazadas para persuadir y educar con el ejemplo, son también la expresión de un pensamiento no convencional que supo asumirse como una heroica aventura humana.

Por último, el humanismo de Fernando Salmerón no podría entenderse en toda su plenitud si desatendemos la idea del intelectual frente a su circunstancia. Por ello, es un acierto de Montemayor el añadir tres discursos académicos, donde se ilustran y prolongan las concepciones educativas y morales de los ensayos filosóficos. Los tres discursos de circunstancia que cierran el volumen, y que se refieren a la recepción del *Teatro del Estado* por la Universidad Veracruzana y a las tomas de posesión del maestro mexicano como rector de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Izta-palapa, y como rector general de la misma

Universidad, ponen de manifiesto cómo la firmeza de la voluntad enmarcada en una visión de la sociedad basada en la justicia y en el respeto de la persona, son capaces de crear el clima espiritual donde es posible la unión moral de los hombres.

En el decisivo compromiso con la educación, el pensamiento de Fernando Salmerón nos ha orientado en una de las actitudes más valiosas de la filosofía: la del pedagogo comprometido con la salvación de las circunstancias. El cultivo de la verdad y sus logros intelectuales y administrativos son obras que son frutos.

ALBERTO ESPINOSA